



La Fuente de los Caños

Texto: Mari Ángeles Solís

Isska paseaba la calle muchas veces al día, cruzaba la plaza Rostro para llegar a la Fuente de los Caños. Caminaba siempre escondiéndose, por su timidez. Decían que aquella tierra en la que habitaban su familia y los suyos, era una tierra extraña porque eran judíos. Decían que los judíos nunca habían tenido tierra. Sin embargo, a ella le gustaba aquella calle donde vivía, con un tinte melancólico, donde los árboles asomaban sus ramas tras los muros de las casas y los acariciaban. Ella, una joven judía que le embriagada el olor a primavera de la calle Rostro, su sueño era sentirla suya, sentirse viva en ella.

Su camino diario era llegar hasta la Fuente de los Caños. Cuando pasaba por la plaza, su familia cogía otra calleja para ir a la Sinagoga, pero ella continuaba por la calle Rostro, como si su imagen fuese el retrato de un tiempo pasado que no volverá, como si su silueta fuese el preludio de un espanto que estaba a punto de ocurrir.

En la Fuente recogía agua para llenar su cántaro pero del chorro que estaba reservado para ellos, para los judíos... bueno, eso de reservado... más bien era una imposición. Aunque ella, mientras veía el agua correr pensaba en las ironías de la vida. De los tres chorros, ella sólo podía beber de uno. Sin embargo, el agua de esos chorros luego se juntaba en la inmensa pila y se convertían en iguales. El agua era clara cuando se mezclaban los chorros en aquel monumento de piedra muerta. Ella veía su perfil reflejado y pensaba en la humanidad, al principio todos somos diferentes... ya sea en nuestras creencias, en nuestra raza. Pero, al unirnos, somos iguales. Tal vez ése sea el misterio de la vida, y ella lo veía cada día, cuando iba a coger agua, agua de la Fuente de los Caños, pasando por la calle Rostro...

Cuando se volvía para re-



gresar a su casa, miraba de reojo la calle San Bartolomé. Algunos días, aparecía él, Pedro. Nunca se había atrevido a hablar con él porque era cristiano pero sentía que, a veces, la contemplaba mientras ella miraba el agua de los caños convertirse en una sola.

Ocurrió una tarde de primavera. Tal vez, porque esa calle siempre olía a primavera... al doblar la esquina, la mirada de Pedro chocó bruscamente con los ojos de Isska, esa chica tímida, con una estrella de David palpitando por sus venas. Les eclipsó una luz que se interpuso entre ellos... una luz que les unió.

Pedro soltó unas naranjas que había cogido de la plaza de san Bartolomé, y rodaron por la pendiente de la calle Arroyo de san Pedro. Y, sin pensárselo, acarició la mano de Isska, suavemente, a modo de lamento. No quisieron hablar de un dios ni de otro, porque para ellos su dios era el amor.

Les separó una ráfaga de viento venida del norte. Y, el

ir y venir de la gente, apartó sus miradas hacia el vacío. Lágrimas en los ojos y un vacío inmenso en el corazón.

Pasaron días, Isska paseaba sus recodos de la calle Rostro, Pedro caminaba hasta san Bartolomé. Ambos soñaban con un milagro. Y rezaban a su dios que no era el mismo... o sí, porque su dios era el amor.

Las miradas de la gente, les apuñalaban; las lenguas de doble filo, les rasgaban las entrañas... pero ellos, se miraban de lejos, ajenos a todos, y sentían cómo el viento les rozaba en muda caricia... mientras todos gritaban "¡sacrilegio! ¡esto es un castigo de dios!", se escogían de hombros sin saber, sin entender... porque su dios era el amor, su dios era como el agua que se unía en el fondo y era la misma, aunque saliese de distinto caño.

Aquella tarde de primavera se encontraron por casualidad. Entre el alboroto de gente que iba y venía, sin darse cuenta que obedecían a un plan trazado por el destino, se escabulleron y cami-

naron calle hacia adelante siguiendo el contorno de las torres morunas que perfilaban el horizonte... entonces, vieron que caminaban hacia la misma dirección, bajo la luz de los faroles mientras la llama ondulaba como si fueran lágrimas en un cielo cuajado de estrellas.

Se dieron la mano... caminaban juntos, huyendo de la incomprensión de sus vecinos. ¿Quién era el dios, entonces? Huían simplemente para no oír murmurar... fue entonces cuando Isska sintió miedo, "nos estamos acercando al límite", murmuró la chica mientras se abrigaba entre el cuerpo de Pedro. Él, con voz dulce, le dijo mientras acariciaba su pelo lacio que caía sobre sus hombros: "no hay ningún límite, al final de la calle lo que está es el barrio morisco". Y, con la fe inagotable que siente aquel que ama, se agarró fuerte a su brazo de hombre y... se dejó llevar.

Llegaron a una plaza de piedra, desconocida para ellos. También en aquella plaza había una fuente pero

mucho más grande, era como un Raudal de inagotable agua, era como un Raudal de inagotable amor... Las gentes no les conocían... pero les sonreían. Entraron en la mezquita, mirando con ojos asombrados hallaron una verja que llevaba a un patio con un estanque. Isska se sentó en un borde y Pedro le cogió la mano. Alguien, a quién no conocían, les dio una flor... Y la noche de primavera pasó, bajo aquel cielo cuajado de estrellas.

A los pocos días, una Orden del rey, obligaba a los judíos abandonar estas tierras. Isska tuvo que marcharse con los suyos pero dio una de las llaves de su casa a Pedro soñando que, un día, volvería. Pero jamás volvió... dicen que el chico escondió la llave en el patio de abluciones de la Mezquita, esperando su regreso. Y que, en las noches de primavera, se oye el llanto de Isska por la calle Rostro. Mientras, el agua de la Fuente de los Caños, aún hoy intenta recordarnos que el único dios es el amor.